

El 20 de diciembre pronuncia su conferencia de incorporación el Dr. Eduardo Augusto García sobre el tema: "El Mensaje de mi Generación". Su texto es el siguiente:

El mensaje de mi generación

I

INTRODUCCION

Cuando leí en los periódicos que la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas me había incorporado como Académico titular, confieso que sentí una profunda emoción. El honor que se me dispensaba era demasiado grande y no estaba seguro de merecerlo, pero habiéndolo discernido una Asamblea de Académicos tan calificada, debía rendirme modestamente a su decisión y aceptarlo.

"Fue un verdadero regalo de Navidad el anuncio hecho por los diarios del 26 de diciembre sobre mi incorporación —le escribí a mi distinguido amigo el Dr. Rivarola al recibir su comunicación oficial— y le quedo muy agradecido por las generosas palabras de su nota. Espero ser digno de figurar y de trabajar al lado de tan eminentes compatriotas."

Recordé, entonces, las circunstancias en que se fundó la Academia, en los comienzos de la Segunda Guerra Mundial, cuando las potencias del eje Roma-Berlín violaban los tratados, hacían mofa del valor y del poder de las otras potencias y despreciaban el sentido moral de la palabra empeñada. Recordé también la campaña totalitaria desatada contemporáneamente en nuestro país para malquistarnos con nuestros amigos tradicionales de allende el mar y de paso socavar las bases de nuestro sistema constitucional, a fin de que fuera posible el establecimiento de un régimen semejante al de Hitler o Mussolini. Recordé, igualmente, la reacción natural de la ciudadanía responsable de toda la nación, que anatematizaba aquellos regímenes y hacía continuos y dramáticos llamados a la conciencia genuinamente democrática de nuestro pueblo para que no se dejara seducir por el canto de la sirena totalitaria que esparcía su influencia maléfica por el mundo, disfrazada de grandeza, de poder, de alegría y de justicia. Recordé, asimismo, que en tales circunstancias —como nos lo contó el Dr. Guillermo Garbarini Islas en su conferencia del 6 de diciembre de 1963— dos hombres jóvenes, cargados de ilusiones y devotos de la libertad ase-

gurada por nuestra Constitución, él mismo y Enrique de Gandía, coincidieron allá por 1938 la idea de fundar esta Academia, al estilo de las de Madrid y París, con el fin de estudiar los problemas morales y políticos de la Nación. A ese efecto consultaron, en primer término, al ciudadano que en ese momento constituía la máxima autoridad moral de la República, al maestro de maestros y expresión auténtica de la inteligencia, la capacidad y la honradez de una generación de verdaderos valores morales e intelectuales, el Dr. Rodolfo Rivarola.

Así nació, se fundó y se organizó esta entidad, con la participación, entre otros, además de los nombrados, de ciudadanos tan eminente como Eduardo Crespo, Octavio Amadeo, Vicente C. Gallo, Mariano R. Castex, Marcelino Herrera Vegas, Rodolfo Martínez Pita, monseñor Miguel de Andrea, José Evaristo Uriburu, Tomás Amadeo, Gregorio Aráoz Alfaro, Mario y Horacio C. Rivarola, Adolfo Bioy, Ernesto Bosch, Leopoldo Melo, Carlos Saavera Lamas, etc., etc.

Cada uno de ellos constituía y sigue constituyendo un baluarte inexpugnable de la fortaleza moral de la República; cada uno de ellos ha sido y sigue siendo un faro que ilumina nuestro camino en la diaria tarea de asegurar el noble y generoso destino de nuestra patria; cada uno de ellos trajo consigo y legó a la posteridad, como dádiva inapreciable, un mensaje de grandeza, que los sucesores hemos recogido y enarbolado como bandera para seguir adelante; cada uno de ellos representó, a su modo, pero con gran dignidad, el espíritu de esa Argentina que todos queremos, siempre abierta, a veces ingenuamente, a las más diversas manifestaciones del progreso científico, social, político o económico, y siempre anhelosa de alcanzar lo antes posible sus objetivos fundamentales de paz, trabajo y justicia, proclamados por la Constitución hace más de cien años.

Todos ellos cumplieron honrosamente con su deber en su carácter de exponentes de su generación y los que se han incorporado después proceden con el mismo espíritu y la misma devoción republicana. Ahora nos toca a nosotros, a los nuevos incorporados, proseguir la tarea con el entusiasmo y el patriotismo de los fundadores, para que la Academia realice sus nobles y elevados fines como ellos lo deseaban. Por eso y para eso estamos reunidos aquí. De este modo cumplimos el compromiso contraído, rendimos tributo de admiración, simpatía y agradecimiento a nuestros predecesores y nos disponemos a seguir su ejemplo.

II

EL PRIVILEGIO DE MI GENERACION

Confieso que pertenezco a una generación privilegiada, que nació, creció y se desarrolló con el siglo y que durante su existencia varias veces se encontró en lo alto y otras tanto en lo

bajo de la onda de la vida política, social y económica de la República.

Estas alternativas, estos cambios, estos matices de la vida nacional, fueron realmente un privilegio para mi generación, porque le brindaron a raudales los hechos que necesitaba para hacer su propia experiencia y alcanzar a través de ella el conocimiento indispensable para manejarse mejor e influir en la solución de los problemas nacionales.

Veamos cómo ocurre todo esto. Mi generación recibió el legado de un país libre y jurídicamente organizado. Trató de conservarlo con esas características para asegurar su bienestar, su prosperidad y su grandeza, tal como se lo había enseñado la generación precedente fundada en su propia experiencia. Siguió llevando a cabo la sabia política de “puertas abiertas” para el ingreso y radicación de personas de trabajo y de capitales extranjeros, preconizada por los constituyentes de 1853 y particularmente por Juan Bautista Alberdi. Contingentes inmigratorios de importancia extraordinaria, cuantitativa y cualitativamente, fueron incorporándose al territorio y al quehacer nacional, y con su valioso aporte fue perfilándose una Argentina pujante, próspera y feliz, que satisfacía las exigencias del anhelo y del orgullo local y constituía un verdadero ejemplo para otras naciones.

El orden jurídico, la seguridad colectiva y la prosperidad general alcanzados, eran la consecuencia necesaria y el fruto lógico de una sabia política hecho por políticos sabios, cuyo lema era: “Hay que dejar que el pueblo trabaje libremente, a su sola costa, para que adquiera por sí mismo la conciencia de que es el único artífice de su destino”.

Estábamos en los comienzos del siglo y teníamos la fortuna de vivir en un país que aparentemente había llegado a su madurez política y a su consolidación económica. Nada hacía suponer lo contrario. Festejamos el Centenario de la Revolución de Mayo con un fervor y una alegría propios de los pueblos libres, sencillos y felices. Por poco echamos las casas por las ventanas, conscientes de que podíamos reconstruirlas al día siguiente con la misma alegría y la misma decisión.

Nuestros padres nos habían enseñado a estudiar y a trabajar al mismo tiempo, por supuesto que predicando con el ejemplo, porque, según su experiencia, lo único que dignifica en la vida es el trabajo y el estudio. A pesar de las dificultades que debíamos afrontar, comunes a todas las colectividades y a las diferentes épocas de la historia, trabajábamos para estudiar y estudiábamos para progresar. No era fácil hacerlo, pero lo hicimos, como lo han hecho tantos otros, porque teníamos conciencia de que era el único medio de realizar nuestro destino, el destino que nosotros mismos nos habíamos fijado. A cada instante éramos tentados por las circunstancias para abandonar nuestro camino, pero fieles al ejemplo de nuestros mayores, a la bondad

de sus consejos y a la firmeza de sus principios, y abroquelados en la profunda convicción de que cuanto mayor fuera el sacrificio mayor sería la recompensa, supimos soslayar con cierta prudencia las diarias tentaciones y levantando la mirada al cielo para saturarla de pureza, continuamos por nuestro sendero hasta alcanzar la meta. Y el trabajo honrado era nuestro escudo para seguir adelante con alegría.

¿Y qué nos ocurre ahora? ¿Por qué esta desazón y esta incertidumbre que nos embarga? ¿Es que estamos de nuevo en lo bajo de la onda, como tantas veces, y debido a la confusión reinante no podemos apreciar si todavía vamos bajando, o sí, por el contrario, lo que estamos viendo o sufriendo es el comienzo de una saludable reacción para subir a la gloria del éxito, la confianza y la felicidad? La respuesta nos la proporcionan los hechos mismos.

También a principios de siglo un acontecimiento nos dejó perplejos y preocupados, y aun cuando por nuestra juventud no estábamos en condiciones de comprenderlo del todo, presentíamos que no encajaba en el esquema de la vida política del país que nos habíamos forjado a través de las conversaciones con nuestros mayores. Ese acontecimiento fue la ley electoral de 1912 que autorizó el voto de los menores de edad y de los analfabetos, o sea de los que naturalmente carecen del concepto de la responsabilidad y universalmente son considerados incapaces para manejar sus propios negocios y para participar en las elecciones de candidatos a funciones públicas electivas. Esa ley fue generosa en su espíritu pero defectuosa en su forma. Introdujo en la vida argentina un factor de perturbación que nos persigue hasta el presente y que seguirá persiguiéndonos mientras no lo corrijamos o eliminemos.

Los vientos de la demagogia estaban llegando al Río de la Plata y amenazaban con sustituir los valores morales por los valores numéricos, la calidad por la cantidad, aun cuando con ello peligrara la estabilidad de nuestras instituciones. Estábamos corriendo un grave riesgo que podía conducirnos a una encrucijada dramática o tal vez trágica. El nivel histórico del país estaba descendiendo como consecuencia de la aplicación de la nueva ley electoral y por lo tanto del acceso a la vida pública de personas de un nivel moral y material cada día más bajo, que a su vez eran la expresión genuina de sus electores.

Los hechos —que son siempre más elocuentes que las palabras— lo demostraron con meridiana claridad. La República, que había alcanzado un estado floreciente gracias al ejercicio efectivo de los derechos reconocidos por la Ley Fundamental a todos los habitantes, se vio de pronto convulsionada, anarquizada, confundida, y entorpecida en su progreso. El orden administrativo y político fue sacudido, primero, y luego destruido, para dar paso a las nuevas, ambiciosas y apresuradas clientelas electorales, que a pesar de su falta de idoneidad —esa idoneidad

constitucional tan pocas veces aplicada— reclamaban puestos públicos como botín de guerra por el triunfo electoral. Nadie pensó en rechazar sus pretensiones. Nadie osó decirles, siquiera, como correspondía, que careciendo de la aptitud indispensable para desempeñar funciones públicas, deberían buscar empleo en la actividad privada, a fin de defender su presente y labrar su porvenir, tal como lo habían hecho sus padres, la mayoría de los cuales habían sido esforzados y emprendedores inmigrantes. Pero no. En muchos casos se les dio empleo en la administración pública y de ese modo, al poco tiempo, el presupuesto se convirtió en el refugio de no pocos inútiles y en la fuente segura de recursos de muchos fracasados del país, siempre que tuvieran voto.

La ley electoral, por consiguiente, en vez de estimular la elevación del nivel moral e intelectual de las masas para hacerlas competentes y dignas, había provocado su estancamiento, cuando no su descenso moral e intelectual, al colocar en el mismo nivel de los derechos, pero no de las obligaciones, al ciudadano alfabeto, responsable y mayor de edad, que había hecho y continuaba haciendo sacrificios para obtener cierta idoneidad, con el analfabeto, el menor de edad y el irresponsable, que no habían hecho y muchas veces no querían hacer ningún sacrificio en ese sentido. Es decir, pues, que esa ley no mejoró la situación de estos últimos, pero ciertamente perjudicó la de los primeros. Por eso hemos continuado a los tumbos, sin paz ni tranquilidad, desde su sanción hasta el presente, y la única razón de este estado de cosas radica en no haber adecuado el sistema de elección de los funcionarios públicos a su propia naturaleza, es decir, al principio constitucional de la idoneidad para elegir y para ser elegido.

Con razón había dicho Alberdi: “La inteligencia y fidelidad en el ejercicio de todo poder, depende de la calidad de las personas elegidas para su depósito. El sistema electoral es la llave del gobierno representativo. Elegir es discernir y deliberar. La ignorancia no discierne: busca un tribuno y toma un tirano. La miseria no delibera: se vende: Alejar el sufragio de manos de la ignorancia y de la inteligencia es asegurar la pureza y acierto de su ejercicio”.

A pesar de todo, a pesar de esas deficiencias de legislación fácilmente corregibles, pero que no se corrigieron, la República dio un salto extraordinario de progreso hasta 1943, restableciendo el orden jurídico y la paz social y afianzando la economía nacional al punto de llegar a ser uno de los países más prósperos, más respetados y más dignos de confianza del Nuevo Mundo.

Un enorme movimiento espiritual, intelectual y material se puso de manifiesto en todos los campos de la actividad humana y produjo resultados casi prodigiosos. Sin embargo eran naturales: correspondían exactamente al esfuerzo realizado. No eran un milagro sino la consecuencia natural y lógica de un trabajo

serio y honrado, concebido y realizado dentro de la paz, la seguridad y el orden.

Pero mientras la ciudadanía respetable estaba haciendo el gran esfuerzo para afianzar el progreso nacional dentro del orden fijado por la ley, fuerzas e ideas contrarios a la libertad, provenientes de países con regímenes totalitarios, desarrollaban su acción, primero clandestina y luego desembozada, para destruir nuestras instituciones y atarnos al carro de las tiranías en boga. Mi generación fue testigo y víctima de esta funesta actividad.

Una lucha sórdida y una campaña insidiosa y sistemática se desató en nuestro territorio para preparar el golpe de estado y alcanzar el gobierno. Por supuesto que para justificar el asalto al poder había que desprestigiar, no tanto al gobierno existente, como a la democracia representativa que hacía posible ese gobierno débil y enfermo, que con esa debilidad había levantado a la Nación. Y el golpe se llevó a cabo el 4 de junio de 1943, fecha en que se detuvo instantáneamente el progreso nacional.

Sus ejecutores materiales apenas si duraron 48 horas en el poder, siendo sustituidos poco después por los verdaderos instigadores del movimiento, todos ellos oficiales superiores del Ejército, con formación mental y profesional prusiana y sin el debido conocimiento ni la lealtad natural hacia las instituciones fundamentales de su propio país que les habían permitido vivir, estudiar y alcanzar su grado.

III

UNA GENERACION PUESTA A PRUEBA

Y el ensayo totalitario, que comenzó siendo una dictadura militar sin plan preconcebido de ninguna especie, se convirtió luego en una tiranía populachera y abyecta, siniestramente planeada para corromper y someter al pueblo. Este período desdichado de la vida nacional que va del 4 de junio de 1943 al 16 de setiembre de 1955, puso a prueba a mi generación. Muchos adhirieron al nuevo régimen por necesidad, por ignorancia, por conveniencia o por cobardía; lo apoyaron, lo sostuvieron, lo aplaudieron y hasta formaron la cohorte de los adictos incondicionales que acudían presurosos a concentrarse en el lugar señalado cada vez que se los convocaba para oír a su jefe, el tirano.

Pero muchos también, no adhirieron al nuevo régimen, no doblaron las rodillas, no claudicaron y a pesar de las circunstancias adversas, enfrentaron valientemente a la tiranía y se batieron en todos los terrenos hasta que lograron abatirla.

Hombres y mujeres de todos los sectores sociales y políticos, inspirados en el amor a la patria y a la libertad y horrorizados

por la corrupción fomentada y practicada por el tirano y sus agentes, lucharon sin desmayo y a su modo, unas veces aisladamente, otras unidos a quienes sentían y pensaban como ellos, para terminar con la ignominia y devolver al país su salud moral y material. Por eso fueron perseguidos, encarcelados, torturados o asesinados.

Su sacrificio no fue vano: permitió recobrar la libertad y la dignidad de la Nación. Y como fue el sacrificio de mi generación, diría yo que la Providencia nos brindó la oportunidad de elegir ese camino para purificar nuestra existencia y fortalecernos moralmente, como el hierro se purifica y fortalece por la acción del fuego hasta convertirse en el acero noble, flexible e inoxidable.

En el fragor de la lucha aprendimos a conocernos y a conocer a nuestros adversarios, los advenedizos, los aventureros, los cínicos, los explotadores del pueblo. Por eso no es fácil que ahora puedan engañarnos los viejos adictos a la tiranía —o sea, los reincidentes en traición a la patria— ni los nuevos explotadores de la credulidad popular. Estamos alerta y no los dejaremos pasar. Somos acero flexible e inoxidable, que perdonamos pero no olvidamos.

Pero en ese largo y penoso interregno —1943/1955— un pueblo ordenado, trabajador, pacífico y alegre, fue tratado con desprecio —los descamisados, los grasas, se les llamaba— como si fuera una masa indiferenciada; y al propio tiempo fue explotado, corrompido, arruinado y entristecido. Un pueblo que había alcanzado una gran cultura, un alto nivel económico y un gran desarrollo técnico, fue lanzado aviesamente a la prodigalidad, al despilfarro y al desenfreno, mediante aumentos masivos de salarios que automáticamente se trasladaron a los precios y constituyeron el comienzo de la inflación que estamos padeciendo y cuya gravedad se acentúa diariamente.

Y todo esto se hizo con bombos y platillos, como si se tratara de una verdadera conquista social, invocando el nombre de la justicia y la necesidad de acudir en defensa de los sectores menos pudientes, pero en realidad para estafarlos y conducirlos a la servidumbre. Este engaño deliberado y siniestro, cuyas exactas proyecciones no podían calcularse entonces, pero cuyos perjuicios materiales y morales estaban a la vista del observador menos avisado, fue uno de los factores que determinó a la ciudadanía responsable a luchar frontalmente contra la Segunda tiranía.

El ciudadano común, que solo aspiraba a vivir de su trabajo para ganar su sustento y el de los suyos, adquirir su vivienda y asegurarse una vejez decorosa, se sentía disminuido y avergonzado ante estas dádivas ostentosas que aparentemente le beneficiaban, pero que a renglón seguido desaparecían por el alza de los precios. Además, se daba cuenta de que no eran el resultado de su trabajo sino el precio político de su adhesión incon-

dicional al régimen imperante. Por eso, en el fondo de su corazón honrado, repudiaba la dádiva, aun cuando no pudiera rebelarse públicamente contra ella.

No ocurría lo mismo con la gran mayoría de los destinatarios de esa dádiva, que la recibían con alborozo y hasta con la íntima satisfacción de habérsela arrancado al patrón, sin medir las consecuencias y sin pensar en que era la cadena con que quedaban atados para siempre al régimen de corrupción que se las había conseguido mediante la amenaza y la extorsión.

En el verdadero hombre de trabajo había, sin lugar a dudas, una dosis de reserva moral tan genuina como en el patriota más conspicuo, que lo impulsaba a mirar con recelo y desconfianza la propaganda sistemática con que se pretendía conquistar, haciéndole creer que por fin había alcanzado la igualdad, se le había hecho justicia y formaba parte del gobierno. Se daba cuenta, por intuición más que por convencimiento, que eso no era exacto ni correcto, que no había ni podía haber tal igualdad, que no formaba parte del gobierno y que esos beneficios económicos obtenidos con tanta facilidad, no le correspondían honradamente, porque no eran el fruto de su esfuerzo personal sino la imposición de otra voluntad que usaba de su nombre y de su condición social para comprometerlo. “Cuando la limosna es mucha, hasta el santo desconfía”, y entonces desconfiaba, y desconfiaba con razón. Pero los demás, los ambiciosos, los irresponsables, esos no desconfiaban; creían y creyeron en el seudo mago hasta que los arruinó y los abandonó. Faltos de memoria o desilusionados de los magos de ahora, pareciera como si estuviesen dispuestos a entregarse de nuevo a las maquinaciones del viejo mago. No es difícil prever los resultados.

La pretendida nivelación igualitaria de todos los habitantes, en lo social y en lo económico, significaba y significó el descenso de los más aptos al nivel de los menos aptos, porque estos no eran ni fueron nunca capaces ni se hallaban en condiciones espirituales o culturales de elevarse al nivel de los primeros. Fue, además, un engaño y un fracaso, porque no pueden nivelarse las inteligencias, las aptitudes, las condiciones personales ni la constancia o la perseverancia en el trabajo de todas las personas, y porque, además, entorpeció el desarrollo natural y espontáneo que es propio de los más aptos sin lograr el correspondiente crecimiento moral y espiritual de los menos aptos.

Es decir, pues, que se repitió en nuestro suelo —nihil novi sub sole— el mismo fenómeno de engaño y fracaso que la experiencia histórica de otros pueblos había recogido en no contadas ocasiones. La masa popular, engañada y explotada, fue llevada y traída de plaza en plaza para que afirmara o negara lo que el tirano le ordenaba, hasta que éste fue derrocado en setiembre de 1955.

IV

LA CIUDADELA IMBATIBLE

Durante la tiranía, las experiencias de quienes la enfrentamos personalmente fueron necesarias y saludables. Con nuestra actitud de lucha y de rebeldía mantuvimos encendida la llama de la esperanza y pusimos nuestro granito de arena para levantar el edificio de la redención. Esa misma actitud importó ponernos en evidencia ante el régimen, desafiarlo, irritarlo y trastornarlo. Al propio tiempo significó atraer hacia nosotros su ensañamiento y por ese camino mostrarlo al pueblo y al mundo tal cual era, en su verdadera naturaleza, en su naturaleza primitiva, siempre dispuesta a la persecución y a la venganza, jamás a la justicia.

Pero nosotros no titubeámos porque nos hallábamos atrincherados en una ciudadela imbatible, ubicada dentro de nuestro corazón: la íntima convicción —de la que nadie podía despojarnos— de que luchábamos por la Libertad, con mayúscula, no por nuestra libertad, con minúscula: por la Libertad de la Nación Argentina, nuestra patria querida y adorada, que no merecía la diaria ofensa de verse subyugada, explotada y vilipendiada por un tirano corrompido, sino que tenía el derecho natural de vivir libre y dignamente para seguir camino adelante en pos de su glorioso destino.

Hicimos, pues, nuestra experiencia, y así crecimos espiritualmente y maduramos. Tuvimos la conciencia exacta de nuestra fortaleza moral y de nuestra resistencia física para luchar contra la opresión. Y ¡Dios sea loado!, los hechos nos dieron la razón. Unos más, otros menos, los hombres de la resistencia echamos las bases de la Revolución Libertadora.

Nuestro afán y nuestros anhelos eran el afán y los anhelos de nuestros seres queridos y de nuestros amigos. Civiles y militares dignos, estudiantes, obreros, periodistas, defensores, comerciantes, industriales o simples mensajeros, realizaron su tarea silenciosa, sin prisa pero sin pausa, y entonces pudimos comprender el enorme y peligroso esfuerzo realizado fuera de los muros para ayudarnos a vivir, mantener nuestro espíritu, proseguir la lucha y hacer temblar al régimen. Como argentino les digo desde esta alta tribuna y desde lo más profundo de mi corazón: muchas gracias.

Y no fueron menos importantes para llegar fortalecidos a la meta, las oraciones de quienes se hallaban más allá de los muros almenados rezando por la libertad de todos. Este fue también un privilegio que nos deparó la fortuna, y con el cual no contaban nuestros adversarios.

V

EL TRIUNFO Y EL FRACASO

Dios es justo y quiere las cosas claras. Mientras nos mante-

nía a civiles y militares detrás de las rejas para obligarnos a meditar seriamente sobre el presente y el futuro de la Nación, iba extendiendo en el seno del pueblo el sentimiento general de la rebeldía contra el opresor. El hálito llegó a todos los sectores y a todos los rincones del país. La reserva moral de la Nación se ponía en marcha, como en 1810 y en 1852.

No había duda sobre el resultado de la rebelión, apenas comenzara, pero en cambio sí la había sobre el resultado del gobierno que asumiera el poder después del triunfo. Esto era lo más serio.

Comprendimos que había una profunda división ideológica en los sectores opuestos al régimen que se trataba de abatir y que el éxito del movimiento no dependía tanto del derrocamiento material de la tiranía como del programa inmediato a cumplir para afianzar al gobierno revolucionario y preparar al país para retomar el sendero de la democracia representativa señalado por la Constitución de 1853

Comprendimos también que nuestra generación se hallaba igualmente dividida: de un lado, los que proveníamos de generaciones argentinas centenarias, solidarios con el espíritu de los constructores de la República, deseosos de continuar su obra sencilla, humana y generosa y siempre dispuestos al sacrificio para probar nuestra estirpe y defender nuestro estilo civilizado de vida; del otro, los que provenían de las corrientes inmigratorias que habían llegado al país en los últimos años en busca de tranquilidad y de mejores condiciones de vida, y cuyos hijos, sin arraigo suficiente, sin conocer nuestras instituciones y sin comprender a los grandes hombres que nos las habían legado, solo aspiraban —con raras excepciones— a disfrutar los beneficios obtenidos por el esfuerzo de sus padres o a encaramarse en las posiciones públicas sin merecerlas. Estos descendientes inmediatos de la inmigración constituían una masa en continuo aumento que como tal había puesto en peligro los destinos de la Nación y podía volver a causarnos trastornos de extrema gravedad si no era debidamente encauzada y controlada. Este era y sin duda éste fue el problema más serio que debimos contemplar.

¿Cómo darle solución? Recordamos la célebre frase de Sarmiento: "Educar al soberano". Sí, ése era el primer paso, pero también era el de siempre, el permanente y el último. Para las soluciones inmediatas no nos servía: pasarían más de diez años antes de que "el soberano" estuviera medianamente educado como para que pudiera hacer un uso adecuado del llamado "sufragio universal". Si la política es el arte de conducir y de gobernar y el gobierno debe ser ejercido por unos pocos de los mejores, como medio de realizar una buena política, había que adoptar previamente ciertas medidas para lograr este propósito, introduciendo las reformas legales que fueran necesarias. Esto significaba que había llegado el momento de calificar el voto

para evitar que la mayoría ignorante e irresponsable e ingenua pudiera influir de un modo decisivo en las contiendas cívicas destinadas a elegir las personas que formarían el gobierno futuro. A tal efecto debía suprimirse el voto de los analfabetos y de los menores de edad y transformarse la fórmula demagógica de “una persona un voto” por la fórmula de la igualdad de circunstancias y condiciones, de acuerdo con la cual el soltero y el casado tienen un voto cada uno, pero este último tiene uno más por cada hijo sobre el que ejerce la patria potestad y contribuye a mantener y educar. Así se respetaría el principio de igualdad, porque ciertamente un soltero no puede invocar iguales ni los mismos derechos de un casado con hijos, en procesos electorales en que se juega el destino de esos hijos.

Significaba, también, que debía modificarse la legislación en vigor para evitar los abusos del poder público, reprimir más severamente el auge de la delincuencia, resolver rápida y públicamente las contiendas judiciales y suprimir las empresas comerciales e industriales del Estado que anulan la libertad económica que hizo la grandeza de la Nación. Teníamos la íntima convicción de que debía evitarse a toda costa que las casas de gobierno del país se convirtieran en casas de comercio o que las oficinas públicas se convirtieran en oficinas comerciales.

Todos estos propósitos fueron esbozados con anticipación como programa de gobierno al caer la tiranía, pero todos ellos fueron olvidados desde el instante mismo en que se proclamara ingenuamente que “no había vencedores ni vencidos”. Ni cortos ni perezosos, los aprovechados secuaces del régimen depuesto, que habían asolado a la Nación y que no se habían arrepentido, entendieron que quedaban libres de culpa y cargo y en el mismo nivel de las personas honorables. Por supuesto que siguiendo sus inclinaciones naturales se preparaban para asestar un nuevo golpe a la tranquilidad y a la dignidad de la República en la primera oportunidad que se les presentara. Y así lo han hecho.

Es decir, pues, triunfamos en tanto logramos abatir a la tiranía, pero fracasamos en cuanto quisimos poner en marcha el programa de gobierno que habíamos preparado con antelación. Y la razón del fracaso está en las divisiones ideológicas a que antes me he referido y en los pequeños intereses políticos que se pusieron en juego inmediatamente después del triunfo.

La Revolución Libertadora cumplió brillantemente su etapa fundamental de expulsar del gobierno al tirano y a sus secuaces. Por eso solo merece ser recordada con respeto. Por eso solo sus ejecutores se han hecho acreedores a la eterna veneración de los argentinos. Lo demás es cuenta aparte. Todos somos responsables, en mayor o en menor grado, de los errores cometidos después de la Revolución y por eso no tenemos derecho a quejarnos. Pero si somos conscientes de esos errores y del deber que como ciudadanos nos incumbe para corregirlos o sugerir que se corrijan, no debemos perder tiempo y corresponde poner manos a la obra, ya, ahora mismo.

VI

EL MENSAJE DE MI GENERACION

Y bien, señoras y señores:

Cada generación trae consigo su mensaje, es decir, su propósito en la vida. La generación de principios del siglo pasado trajo consigo el mensaje de la independencia política para fundar una nueva y gloriosa nación, y lo cumplió.

La generación de mediados del mismo siglo trajo consigo el mensaje de la organización constitucional de la República para asegurar a todos los habitantes los beneficios de la libertad, y también lo cumplió.

La generación de 1900 trajo consigo el mensaje de hacer de la Nación el oasis de orden, trabajo y bienestar general que concibieron los Constituyentes de 1853, y todavía no lo ha cumplido. Está, pues, en mora con el país. Y como yo pertenezco a dicha generación puedo decir que "estamos" en mora con el país, sin justificación alguna.

En efecto: ¿podría afirmarse que hay orden en el país solamente porque no hay revoluciones todos los días, en tanto los diarios publican columnas y columnas de huelgas, robos, asaltos, sabotajes, interrupción o paralización arbitraria de servicios públicos y disturbios universitarios, gremiales y políticos, impunemente provocados por agentes del comunismo subversivo internacional o del régimen depuesto en 1955?

¿Podría afirmarse que nuestro país es realmente un oasis de trabajo y de bienestar general cuando a diario se paralizan o se cierran en forma definitiva muchas empresas privadas como consecuencia de conflictos laborales que provocan el desempleo, cuando los inversores de capital huyen porque han perdido la confianza que tenían en nuestras instituciones, cuando el costo de la vida sube en forma continua y alarmante a causa de los desaciertos del gobierno en la conducción de nuestra economía, y cuando el mismo gobierno se convierte en industrial o comerciante, en competencia desleal con los particulares, y asume el carácter de minero, transportista, asegurador, y hasta fabricante de perfumes, además de explotador del juego?

Nuestro país no es hoy, de manera alguna, ese añorado oasis de orden, trabajo y bienestar general que todos anhelamos. Más bien parece un país sitiado por bandas subversivas y delictuosas que perturban continuamente su tranquilidad y no lo dejan realizar su noble destino.

Y lo peor de todo es que se va tomando conciencia de que existe algo mucho más grave que puede ponerse en evidencia o hacer crisis o estallar en cualquier momento: ese vacío de poder que deja el gobierno actual y que se nota a través de su inoperancia para impedir o reprimir los disturbios arbitrarios o la acción subversiva del comunismo internacional y del nazi-peronismo redivivo ¿es solamente ineptitud o incompetencia de

los actuales gobernantes para comprender y resolver el problema o es complicidad?

Pido excusas por atravesarme a formular tan crudamente este interrogante desde esta prestigiosa tribuna, pero debo decir como justificación, que es el mismo que se formulan en este momento millones de argentinos y que sería un error imperdonable silenciarlo, ignorarlo o soslayarlo. Y deseo agregar que al formularlo lo hago con todo el dolor de mi alma, porque forman parte de este gobierno muchos y antiguos amigos personales, ex condiscípulos y por lo tanto integrantes de mi propia generación y a quienes atribuyo los mejores sentimientos de respeto por las instituciones fundamentales de la República y los más sinceros deseos de afianzar la libertad y asegurar los derechos de todos los habitantes sin distinción alguna.

¿Qué les ocurre, entonces? ¿Por qué guardan silencio cuando se deroga la legislación destinada a reprimir a los agentes de la subversión institucional, auspiciada, dirigida y financiada desde el extranjero? ¿Por qué no protestan como lo hacemos los demás argentinos cuando se despoja al país de los medios legales de defender su soberanía, su tranquilidad y su progreso? ¿Por qué no secundan públicamente el pedido de reformas al Código Penal para que se agraven las penas destinadas a reprimir las nuevas y peligrosas formas de la delincuencia?

Esto es lo que nadie logra comprender y lo que muchos consideran una complicidad. Por mi parte espero que sólo se trate de una tolerancia pasajera con quienes llegaron al poder y asumieron el gobierno por casualidad, sin estar previamente preparados para ello.

“Los hombres —decía Fustel de Coulanges— sienten en su corazón que son un mismo pueblo cuando tienen una comunión de ideales, de intereses, de afectos, de recuerdos y de esperanzas. He aquí lo que hace la patria. He aquí por qué los hombres quieren marchar juntos, trabajar juntos, combatir juntos, vivir y morir los unos para los otros. La patria es lo que se ama.” Sí, realmente, lo que se ama.

Los que formamos parte de la misma generación y del mismo pueblo, tenemos un destino y un mensaje común que legar a nuestros hijos: el amor a la patria y a sus instituciones libres que nos han permitido llegar a ser lo que somos. Por ese camino pondremos orden en nuestra casa y la mantendremos limpia; por ese camino afianzaremos la justicia y consolidaremos la paz interior, tan necesaria para el trabajo creador y fecundo; por ese camino promoveremos el bienestar general y aseguraremos los beneficios de la libertad para nosotros y para nuestra posteridad; y por ese camino recibiremos la bendición de Dios.

Orden, trabajo y bienestar general.

Esto es a mi modo de ver el mensaje de mi generación, que no hemos cumplido todavía y que debemos cumplir para honrar a la patria, honrarnos a nosotros mismos y honrar a nuestra posteridad.